¿Pesimismo noventayochista?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

El clima de negatividad y frustración que se pulsa en la calle empieza a recordar algunos de los momentos más álgidos de pesimismo que se dieron en la historia reciente de España.

En poco tiempo, las percepciones colectivas han evolucionado de un extremo a otro. Hemos pasado de considerar que España formaba parte del selecto grupo de países de vanguardia y que todo era posible y alcanzable, sin necesidad de mayor cálculo o cautela, a pensar de manera inmediata que la situación de este país es un desastre absoluto y sin paliativos; sin detenernos a valorar que aún tenemos fortalezas importantes y que son muchos los logros alcanzados en los últimos lustros.

Las condiciones del pesimismo nacional

El punto al que se ha llegado, acompañado por los "tantanes" hipercríticos y cuasi apocalípticos de los que han hecho oficio de su tertulianismo negativo, no debe llevarnos a excluir que, si se dieran algunas otras condiciones negativas de carácter internacional o de fractura nacional –como ya está planteando Artur Mas–, podríamos acabar abocados a un auténtico colapso de conciencia nacional, como ocurrió en 1898.

La conjunción fatal de condiciones adversas ahora podría venir, a nivel interno, de la apertura del melón soberanista de la exacerbación de los conflictos en la calle, de la pérdida de confianza y del fracaso de cualquier posibilidad de entendimiento político entre las fuerzas sociales y políticas más sensatas y responsables. Lo cual podría dar lugar a un auténtico *crack* económico de efectos especialmente erosivos a medio plazo.

De igual manera, a nivel internacional, hay que ser conscientes de las amenazas que se pueden cernir sobre una España debilitada, desorientada, poco cohesionada políticamente y sin una estrategia de alianzas internacionales suficientemente firme, estable y segura. No hace falta ser especialmente imaginativo, en este sentido, para prefigurar por dónde podrían venir algunos riesgos: desde Ceuta y Melilla hasta determinadas afrentas y humillaciones del Gobierno del Reino Unido sobre Gibraltar (ya hay indicios), desde Canarias hasta las fragilidades del despliegue de tropas españolas en el mundo. Afganistán, por ejemplo, puede acabar convirtiéndose en una ratonera, por no mencionar todas las tensiones que pueden desencadenarse en la rivera mediterránea del Norte de África. ¿Cómo podría golpear en la conciencia nacional cualquier eventual desastre que se produjera en este sentido?

Por lo tanto, si se descencadenara una conjunción fatal de factores negativos, a partir del clima que actualmente existe en España, es posible que vuelva a repetirse la explosión de una conciencia crítica extrema como la que se desencadenó en el 98.

Diferencias históricas

Buena parte del pesimismo nacional que algunos practican en estos momentos tiene una dosis de pose personal. Incluso existe una cierta inclinación a adoptar un estilo de pesimismo noventayochista, bajo el halo del prestigio y de la altura intelectual de aquella generación, de la que algunos solo toman los componentes que ahora les interesan –básicamente lo acerado y terminante de sus críticas–, pero no los elementos sustantivos de fondo.

Aunque es difícil saber lo que puede ocurrir dentro de unos meses o de uno o dos años –¡Ojo a la ley de Murphy!–, lo cierto es que existen diferencias muy notables entre las circunstancias sociales, culturales y políticas que se dieron en España en el horizonte del 98 y las circunstancias actuales. Desde luego, el sistema político actual no es el de la Restauración, por mucho que algunos se empeñen en formular recurrentemente las descalificaciones más absolutas y tremendistas.

Por eso es importante que no se dejen pasar determinadas críticas y ejercicios intelectuales de pesimismo desbocado ni se permita que algunos se apropien de determinados discursos y disfraces. Y también, por eso, es importante que todos contribuyamos a que los debates actuales no se encapsulen en consideraciones sobre males absolutos, sino que se planteen en términos de racionalidad política, de concreción y de voluntad reformista.

Es decir, tenemos que ser capaces de generar espacios positivos de debate que tengan la suficiente visibilidad y el suficiente grado de rigor y de capacidad de concreción como para que se hagan merecedores de la credibilidad que se necesita, sin dejar que los espacios públicos de debate sean monopolizados por los profesionales del pesimismo apocalíptico. Profesionales a los que hay que desenmascarar, tanto en su propósito de obtener réditos personales del ejercicio de la profesión de negatividad política como en lo que se refiere a los efectos, las consecuencias y los proyectos (populistas y poco democráticos) a cuyo servicio se ponen, en el fondo y en la forma.

¿Hay salidas?

Cuando el pesimismo y la crítica negativista se agotan en sí mismas, el resultado suele acabar siendo una involución política recurrente, con desastrosos efectos sociales y culturales. Lo propio de cualquier debate político serio es no permanecer anclado en la contemplación y análisis inacabable de los problemas, hasta casi regodearse en ellos, sino centrarse en la consideración de las alternativas y las salidas. Por eso, los que de verdad quieren comprometerse en la solución de los problemas que tenemos –y los que puedan venir– tienen que estar dispuestos a transcender lo individual y lo psicológico –los estados de ánimo negativos– y comprometerse en tareas que por su propia naturaleza, en sociedades como las nuestras, tienen que ser grupales y colectivas.

De los problemas de la España actual podremos salir –debemos salir– no con simples ejercicios de individualidad crítica, y más o menos lastimera, sino mediante compromisos políticos grupales, asumidos desde la comprensión de que cualquier organización humana que se estructure de manera abierta y democrática se ve afectada por defectos y problemas.

Estas exigencias operativas fueron comprendidas en su momento por algunos intelectuales españoles después de la crisis del 98, y que de una u otra manera,



C. BARRIOS

con mayor o menor éxito y acierto, intentaron volcar sus aportaciones en proyectos pedagógicos y sociales, o en organizaciones políticas capaces de llevar a la práctica los propósitos que postulaban y que consideraban necesarios para regenerar y modernizar España.

En estos momentos también resulta especialmente importante que los intelectuales, los profesionales y los analistas a los que les preocupa de verdad España den los pasos oportunos por traducir organizadamente sus ideas y propuestas. Por ello, sería positivo que los grandes partidos españoles hicieran en estos momentos un esfuerzo importante de apertura e integración, abriendo cauces para debates de altura, como fue en su día el *Programa 2000* del PSOE, ofreciendo suficientes garantías de funcionalidad democrática y de credibilidad política.

Los debates políticos actuales no deben dejarse arrastrar por climas de pesimismo nacional ni deben encapsularse en la consideración de males absolutos, sino que tienen que plantearse en términos de racionalidad política, de concreción y de voluntad reformista.

Lo que está sucediendo en estos momentos en países como España –como sociedad y como ciudadanía– es en muchos aspectos algo excepcional y de una indudable hondura. Por ello, las alternativas y los cauces que se abran tienen que estar a la altura de lo que se necesita y de lo que la opinión pública demanda. Se trata de una tarea apasionante, urgente y necesaria, que bien merece que sean muchos los que estén dispuestos a dar un paso al frente, aportando sus ideas, propuestas y soluciones. **TEMAS**